

Documentos

Lola Nieto¹

La poesía que (se) escribe (con) la filosofía de María Zambrano. Selección de poemas

No es sólo que dedique un ensayo a las relaciones epistemológicas entre una y otra, es que cuando en septiembre de 1937 enuncia por primera vez su propuesta de reforma del pensamiento, María Zambrano pacta, en el seno del paradigma que va a encauzar toda su obra, la unión de dos disciplinas aparentemente contrarias: filosofía y poesía. Hoy y a este respecto, lo que me parece necesario es precisar esta cuestión señalando el sentido que la pensadora atribuye a la segunda –para así entender cuál es el que le concede a la primera–. En efecto, deberíamos preguntarnos: ¿a qué llama María Zambrano *poesía*? Y curiosamente, como advierte Chantal Maillard, en este punto, Zambrano comulga, aunque no lo reconoce, con Platón: olvida la poesía –mimética, homérica– que el filósofo estigmatiza en la *República* y, con él, aprueba la del poeta entusiasmado cuya palabra es vehículo de la expresión divina. Este último modelo se consolida

como un sistema metafísico, del mismo modo que, para Platón y para Zambrano, la filosofía es, en definitiva, un método de revelación –si no divina (encuentro, don, hallazgo), racional (búsqueda, requerimiento, respuesta)–. Es preciso tener en cuenta, entonces, que cuando Zambrano habla de *poesía* habla de *esta* poesía, y que, por tanto, si en el pulso de su pensamiento se hermanan dos escrituras escindidas es bajo un particular sesgo comprensivo que las unifica: el que entiende que filosofía y poesía constituyen dos versiones de un misma vía epistémica trascendental y teleológica de la realidad. La *poetización de la filosofía* se debe pensar como un movimiento que pese a atraer para sí conceptos como subjetividad, devenir circunstancial o contexto vital –propios de la poesía–, sigue apelando a otros como verdad y esencia –propios de *cierta* poesía y de *cierta* filosofía–. Si se escucha con atención, la voz de Zambrano articula las músicas de la Idea platónica y de la fenomenología en boga desde principios del XX. Es una sinfonía en la que los acordes transitorios y accidentales ocultan una inmutable melodía esencial.

¹ eleuceria@hotmail.com

² Cuyo poema aquí seleccionado fue antologado por el propio autor en “Tres poemas para María Zambrano y un comentario”, *República de las Letras*, nº 80-85, pp. 180-185.

Este marco filosófico-poético que María Zambrano genera con su discurso es, precisamente y en el ámbito hispánico (supera las fronteras nacionales debido, sobre todo, a su exilio), más atendido por poetas que por filósofos, y es el contexto teórico donde se fragua una de las corrientes más fructíferas del panorama literario contemporáneo: la llamada *poesía del silencio*. Aunque Zambrano mantiene un diálogo intenso con algunos poetas coetáneos a ella –Emilio Prados o Lezama Lima, entre otros– e incluso con los que la preceden –Machado–, para esta selección pretendo rescatar poemas que den cuenta del magisterio que la pensadora ejerce en poetas cuya obra crece al arrullo de su influencia intelectual. Esta herencia toma cuerpo evidente no sólo porque las composiciones que aquí se presentan –de Antonio Gamoneda, Hugo Mujica, Sánchez Robayna, Ada Salas o Carmen Borja, entre otras que podrían acompañarlas– gravitan en torno al pensamiento zambraniano, sino porque además algunas están dedicadas a la propia pensadora –como las de Valente, Clara Janés, Amalia Iglesias o Antonio Colinas, entre más que podrían engrosar la nómina–. Un caso excepcional es el poema de José Miguel Ullán que, pese a deslizarse por senderos distintos a los que transitan los poemas de los autores mencionados, ofrece su trazo a la pensadora mostrando así que también escritores de otras tendencias reconocen la deuda que la obra de Zambrano presta a la poesía. Y es que una cosa es segura: sin la filosofía de María Zambrano la poesía contemporánea en lengua española se escribiría de otro modo: su pensamiento (escrito como poesía) sigue escribiendo –en intransitivo– cierta poesía de hoy. (Otro tema es preguntarse por el sentido de su retórica y, por efecto genealógico, por el de la escritura de Zambrano.)

José Ángel Valente

PALABRA

A María Zambrano

Palabra
hecha de nada.

Rama
en el aire vacío.

Ala
sin pájaro.

Vuelo
sin ala.

Órbita
de qué centro desnudo
de toda imagen.

Luz,
dónde aún no forma
su innumerable rostro lo visible.

de *Material memoria* (1979)

Clara Janés

MARÍA ZAMBRANO

*(Tras una conversación con
Rafael Martínez Nadal)*

En tanto que a la luna la cicuta,
orante, se extasía en resplandores,
tus ojos en lo oscuro se sumergen
en pos de la visión sustentadora.
Rasga el aire el maullido y la piedra
inviste condición ya de ruina,
mientras tu ser en fuente se traduce
y alcanza la lustral protopalabra,
en vela, corazón desde los ínferos.

de *Vivir* (1983)

Antonio Colinas

LA VOZ

En el centro del jardín yo me había cerrado al mundo. Yo había cerrado mis ojos, y mis oídos, y mis labios al mundo. Pero me llegó tu voz. Estaba seguro de que era tu voz. Tu voz que negaba mi muerte para el mundo. ¿Era tu voz el hilo que todavía me unía al mundo o acaso me encontraba más allá de este mundo? Si yo estaba más allá, significaba que tu voz me había conducido a otra vida. Porque tú ya no vivías nuestra vida, tú ya no eras de este mundo. Tú ni siquiera sabías de la vida blanca, vacía en la nada, del humano que, en un jardín ardoroso, deseó suicidarse cerrando sus ojos, y sus oídos, y sus labios al mundo. Tu voz de luto cristalino, tu voz de musgo nocturno, situaba mi vida en otro espacio. Tu voz, anunciadora de la noche, cerraba, quemando como un rayo, mis sentidos. Tu voz, como un relámpago violeta, quebraba el muro negro de la más negra noche, de la noche que estaba más allá de la noche, para entreabrir en él una nueva aurora, la Aurora. Ya estaba más allá, ya estaba en otro Día. Y, sin embargo, ¿no era el mismo espacio, no era el mismo jardín, el jardín con su muro de fuego ardiendo, ardiendo siempre, el jardín cercado por el fuego de mi obstinada negación? Todo era igual y todo era distinto. Ya nada tenía que temer del mundo, del mundo de otros días, pues tu voz me llamaba. De nuevo, mis sentidos —que ya no eran los míos— quedaron en libertad. Y alcé mis ojos a la luz de tus ojos, y respiré en tus manos flores mojadas de estrellas perfumadas, y volví a oír con nitidez tu voz como una campana que resonara en cada fibra de mi cuerpo. Y abrí mis labios para musitar con piedad: “No insistas más con tu voz, no insistas más con tu música; aparta de mí ese cáliz de dulzura, pues podría enloquecer, que es peor que morir. Déjame que olfatee el paso de tu túnica. Déjame que sólo sienta y vea y bese en este nuevo espacio al que tu voz me ha conducido, desde el que tu voz me llama”.

de *Jardín de Orfeo* (1988)

Antonio Gamoneda

Tengo frío junto a los manantiales. He subido hasta cansar mi corazón.

Hay yerba negra en las laderas y azucenas cárdenas entre sombras, pero, ¿qué hago yo delante del abismo?

Bajo las águilas silenciosas, la inmensidad carece de significado.

Amé las desapariciones y ahora el último rostro ha salido de mí.

He atravesado las cortinas blancas: ya sólo hay luz dentro de mis ojos.

de *Libro del frío* (1992)

José Miguel Ullán

UN DIBUJO PARA MARÍA ZAMBRANO

Avant l'aurore, dans le forêt triangulaire.
Alfred Jarry

La exactitud vivida de lo que contemplamos en la blanca mirada del agua no nos deja ser el destino —pero nos da, sin levantar la mano, la mansa sensación de ir acercándonos al felino escondido de aquel encuentro:

*Menos borroso que una hermandad,
ventana.
Y más anónimo que un lirio,
espejo.*

Un manantial, una hermandad republicana (alguien tenía que decirlo), un lirio —y la voz temblorosa (“la poesía va contra la justicia”) de la primera luz, al despertar perdida en la corazonada discontinua del bosque.

de *Visto y no visto* (1993)

Hugo Mujica

DONDE ME DIGO

En lo alto no se baten
las alas
ni en el silencio
se nombra al silencio.

De dios no sabemos nada

esa nada hiende
todo saber,
esa hendidura es lo aprendido

la ausencia que queda,
la huella donde me digo.

de *Sed adentro* (2001)

Ada Salas

No duerme el animal que busca
su alimento. Huele
y está tan lejos todavía
el aire de su presa.
Y vagará en la noche.
Con la sola certeza de su hambre.
Ciego

porque una vez ya supo

de ese breve temblor
bajo su zarpa.

de *Lugar de la derrota* (2003)

Andrés Sánchez Robayna

Todo comienzo es ilusorio.
Todo comienzo es sólo un enlazarse
del principio y del fin en la cadena
del tiempo, es el instante
en que creíamos ver el nacimiento
y el nacimiento es sólo un acto
de lo incesantemente renacido
—es decir, estas líneas semejan un comienzo
pero el comienzo surge a cada instante,
como la lluvia que esta tarde
vi caer sobre el mar
y esta tarde es tan sólo una tarde del tiempo
que renace
en un eterno recomienzo
y la lluvia y la tarde se han hundido en el tiempo
en el que ruedan siempre las nubes agolpadas
sobre los mármoles celestes

y la línea inicial es un comienzo
y la línea final será un comienzo.

de *El libro, tras la duna* (2002)

Amalia Iglesias

EL DÍA SIN AURORA

“¡Y qué diré a tu hermana que te espera!
Dile que viva por mí, que viva lo que a mí me fue negado:
que sea esposa, madre, amor.
Que envejezca dulcemente, que muera cuando le llegue
la hora. Que me sienta llegar con
la violencia inmortal en cada mes de abril...”
MARÍA ZAMBRANO. *LA TUMBA DE ANTÍGONA*

Ese día ya nunca acabará de amanecer
porque su luz se esconde en vuestros ojos
de profunda hendidura
al otro lado.

Ese día será ya para siempre
el cielo más oscuro sin aurora.
En sus pupilas retumba un altar de ceniza,
un cauce extraviado de ríos
sin mar que desemboque,
sin oración para la noche de los satélites,
sin ofrendas para dioses efímeros.

A partir de ahora, el mes más cruel
ya siempre será marzo,
su claridad cabizbaja en los rincones,
el viento avergonzado entre sus pliegues,
vuestro silencio que retumba entre las calles,
la memoria de lo que queda por decir,
vuestra vida sin pronunciar, al borde de los labios,
la memoria para esconder los pedazos
de cielo que nos faltan.

Y al alba negra,
el verso que no aprende a posarse en la cicatriz reciente,
el verso que caduca de impotencia
en la orilla del tiempo.
Porque no sabemos qué hacer con vuestra ausencia,
porque no sabemos qué hacer con vuestros nombres,
porque no sabemos qué hacer con esta noche ciega.

Tal vez por eso, para no sentirnos culpables,
escribimos más versos, como quien marca
teléfonos móviles que sigan sonando
en vuestras tumbas.

de *Lázaro se sacude las ortigas* (2006)

Carmen Borja

Siempre volvemos a la casa del padre.
En cualquier lugar surge el relámpago
que transforma el paisaje o la calle en conciencia:
talisman que protege del frío.
Entonces Ibn Hazm habla del amor verdadero,
aquel que no es hijo de un instante,
y de la planta arraigada que no ha de esperar la lluvia.
Porque el sentido viene de aquel viento
que llegó con el poema: sagrado ardor.
¿No ves que pasa a tu lado sin ser visto?
Sin cuerpo, sutil como un susurro.
Amor: lo que fuimos, somos, seremos,
todos los tiempos conjugados del ser,
camino de regreso a casa.

de *El libro del retorno* (2007)